

Luis Zúñiga

Cuentos que me contó
Juan García

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN

Fander Falconí Benítez

Viceministro de Educación

Fabián Marcelo Jaramillo Villa

Viceministra de Gestión Educativa

Mónica Reinoso Paredes

Subsecretaria para la Innovación Educativa y El Buen Vivir

María Fernanda Porras Serrano

Directora Nacional de Mejoramiento Pedagógico (E)

Laura Barba Miranda

Equipo Técnico

Coordinación Editorial

Verónica Vacas Andrade

Autor

Luis Zúñiga

Impreso por

Torrescal Soluciones Gráficas

Ilustración

Diego Ortiz B.

© Ministerio de Educación del Ecuador, 2018
Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador
www.educacion.gob.ec

La reproducción parcial o total de esta publicación, en cualquier forma y por cualquier medio mecánico o electrónico, está permitida siempre y cuando sea autorizada por el Ministerio de Educación del Ecuador y se cite correctamente la fuente.

DISTRIBUCIÓN GRATUITA - PROHIBIDA SU VENTA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN



Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

Hemos impreso el 100% de ejemplares con material ecológico.

ADVERTENCIA

Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Prólogo

Mi abuela también me contaba historias inventadas por ella cuando yo era niño, pero nunca se me ocurrió escribirlas. Ahora que ha pasado tanto tiempo, puedo decir que la memoria se va construyendo con la vida, con el significado que las cosas llegan a tener para cada uno o para el grupo con el que compartimos lo cotidiano, la vida familiar o comunitaria. La experiencia de vivir es un cúmulo inacabable de sensaciones, de imágenes fugaces o profundas, de voces que quedan grabadas a través del tiempo, de sentimientos y pensamientos que conmueven nuestro corazón y mente.

Tal vez esa capacidad especial para inventar pequeñas o grandes historias —ligada a la cualidad de observar, intuir y crear para dejar un legado a los que vienen— esté involucrada, en buena medida, con la tradición oral, especialmente con aquellas vidas que fueron acumulando sabiduría con el pasar de los años, como es el caso de Juan García, quien hace algo más de un año se enrumbó a la tierra de sus ancestros y dejó a muchos el ejemplo de su palabra y de la sencillez pero profundidad de su vida. Por ello se lo consideraba “obrero del proceso”, “guardián de la tradición”, “el bambero mayor”.

Podríamos pensar, como punto de partida, que la invención de lo inexistente y la recreación de aquello que existe forman parte de lo que llamamos “tradición”, si hacemos el intento de alejarnos, por ahora, de las rigurosas definiciones académicas y antropológicas, en las que navegan los investigadores y estudiosos de “la cultura”.

El proyecto de escribir los cuentos de Juan García nació con él, en una de esas tardes —más o menos en 1998— en que nos encontrábamos caminando en Esmeraldas o San Lorenzo, o viajando en lancha con rumbo a Tambillo o Pampanal; o en Colombia, camino a Tumaco o Buenaventura. En este segundo puerto colombiano, los dos fuimos testigos de lo que parecía ser un cementerio de barcos, cuya imagen aparece llena de magia en uno de los cuentos de Juan (“El voluntario”).

Esos viajes eran la oportunidad para hablar de tantas cosas. Conversábamos sobre el trabajo que estaba haciendo con el Proceso de Comunidades Negras del Norte de Esmeraldas, y también sobre los encuentros binacionales afrocolombianos y ecuatorianos que solíamos preparar con compañeros y compañeras participantes de los dos países.

Entre los años 1995 y 2000, me encontraba coordinando el trabajo con una organización no gubernamental regional andina, dentro de los temas de historia, cultura e identidad del pueblo afroecuatoriano, y de los derechos económicos, sociales y culturales. Justamente, a finales de los noventa, conseguimos un pequeño fondo

para recuperar todo el material audiovisual que Juan había producido durante dos décadas en las zonas rurales de las provincias de Esmeraldas e Imbabura, como parte del Proceso de Comunidades Negras. Así, se organizó un archivo fotográfico de varios cientos de fotografías y un archivo sonoro que contenía algo más de trescientas horas de grabación de testimonios, cuentos e historias de los pobladores afroecuatorianos de distintos lugares.

Todo este material audiovisual valiosísimo registrado por Juan, que se pudo ordenar y sistematizar, fue entregado, tres años más tarde, a la Universidad Andina Simón Bolívar —a su Centro de Información-Biblioteca—, el 30 de mayo de 2002, mediante un convenio de comodato entre esa universidad y el Proceso de Comunidades Negras, cuyo representante era Juan García.

En las jornadas de nuestros viajes y la realización de talleres no solo conversábamos de los temas en los que estábamos involucrados, la gran calidad humana y la sabiduría de Juan fueron ingredientes para una comunicación mucho más cercana. Incluso, él era un gran consejero en términos personales, pues su sensibilidad y percepción eran excepcionales. Eso lo pude percibir durante los cinco años en que trabajamos muy de cerca.

Fue en el año 2002, exactamente el 22 de abril, aprovechando que Juan se alojó en mi casa en esos días, cuando le propuse finalmente la grabación de sus historias, sobre las cuales me había comentado en alguno de los viajes que hiciéramos dos o tres años atrás. Naturalmente, después del enorme trabajo de registro de la tradición oral afroecuatoriana que él había realizado durante tantos años con los “mayores” de muchas comunidades de Esmeraldas, Imbabura, Guayaquil y otros lugares, ahora le tocaba a Juan contarme sus propios cuentos.

Saqué la grabadora y conversamos. Le dejé que narrara libremente sus propias versiones de la tradición oral, sin interrumpirle o hacerle preguntas. Fueron dos noches en que, a la luz de una vela y sentados alrededor de una mesa, grabé cuatro cuentos, con la intención de, algún momento en el futuro, realizar su adaptación literaria para que fueran publicados, considerando que Juan siempre se resistía a escribirlos. “Hermano, yo nunca voy a escribir esos cuentos. Escríbelos tú como escritor; yo simplemente te narro las historias y tú las adaptas con tu propio estilo literario. Ya sabes que lo mío es la tradición oral”, me dijo. Ese fue como un acuerdo entre los dos, pero ninguno sabía cuándo realmente iba a llevarse a la práctica. Es increíble, pero tuvieron que pasar dieciséis años para que ello ocurriera, y ya en ausencia de Juan.

Debido a mis continuas mudanzas y a una estancia más o menos larga fuera del país, los dos casetes originales de esas grabaciones estuvieron guardados y embodegados en una caja durante varios años, junto a otros materiales y documentos de mis escritos literarios e investigaciones. Las historias de Juan tuvieron que permanecer en silencio y extraviadas durante un buen tiempo, antes de ver la luz hace apenas dos años. Eso lo supo Juan y, cuando se lo conté, me dijo: “Bueno, ahora sí puedes intentar hacer ese proyecto. Ojalá que salga, te deseo suerte”.

En 2016 presenté el proyecto a los “Fondos concursables” del Ministerio de Cultura, con el fin de dedicarme de lleno a adaptar y escribir los cuentos de Juan, para publicarlos en el libro *Cuentos que me contó Juan García*. Sin embargo, la propuesta no fue aprobada; tal vez porque no despertó el interés de los miembros del jurado, a pesar de que antes se había mencionado que los proyectos de carácter intercultural iban a tener una consideración especial ese año. Pero no fue así. La propuesta solo quedó finalista, nada más. Juan también supo la noticia y se desanimó. En fin.

Hace pocos meses presenté este pequeño proyecto al Ministerio de Educación, para que fuera considerado como un homenaje a Juan García y al pueblo afroecuatoriano de la provincia de Esmeraldas, y logró una buena acogida. El presente libro se publica como parte de las acciones de la Dirección Nacional de Mejoramiento Pedagógico y el Programa para el fomento de la lectura “Yo leo”. Se trata de una contribución concreta al Plan Nacional del Libro y la Lectura “José de la Cuadra”, para recuperar la memoria patrimonial de la tradición oral afroecuatoriana y su reflejo en la literatura escrita.

Cuando llamé a Esmeraldas para hablar por teléfono con Mónica Márquez —la compañera de vida de Juan—, y contarle la noticia de que iba a realizarse el proyecto de los cuentos, ella hizo un comentario que me conmovió: “Finalmente, parece que las semillas sembradas por Juan empiezan a dar sus primeros frutos”. Lo primero que hice cuando Mónica vino a Quito fue reunirme con ella para entregarle una copia digital de las historias que fueron grabadas en abril de 2002. Con cierta expectativa y curiosidad, Mónica me dijo que nunca antes había escuchado ni leído cuentos creados por su compañero, lo cual, aparte de sorprenderme, me dejó pensando e imaginando lo que ella iba a sentir luego de escucharlos de la propia voz de Juan.

Los Cuentos que me contó Juan García están formados por cuatro narraciones: “El apañador”, “La mitad”, “El voluntario” y “El pozo y el agua”. El primero es un relato en el que se funden ciertos mitos locales con los temores a las discapacidades, a las exclusiones y a la marginación social en el interior de una comunidad de pescadores. Las apariencias esconden una magia que debe ser descubierta por “alguien”; solo es

necesario encontrar el camino adecuado para tener el poder de modificar la realidad (bajo un ritmo de tambor) y recuperar finalmente la confianza y la aceptación social. “La mitad” es, quizá, la historia más dura de los cuatro cuentos. Existe una fuerza escondida que puede desatar la violencia en el momento menos pensado. Las comunidades indígenas y negras comparten una misma región y mantienen un relativo equilibrio que puede ser frágil. Las disputas territoriales por los recursos de vida forman parte de una potencial amenaza a la “convivencia pacífica” dentro del bosque tropical de Esmeraldas. Las mutuas creencias y visiones de dos pueblos se vuelven en contra de ellos mismos, y la capacidad del poder local —que a la vez es mágico— es muy relativa frente a determinadas fuerzas que tienen un origen negativo. El rechazo al diferente, debido a la ceguera que experimentan ciertas tradiciones, es un punto de conflicto entre las dos comunidades, que puede empujar hacia límites extremos. Una muerte deseada —con toda su crudeza— es la última palabra, que no termina de solucionar el problema de las diferencias y la no aceptación de ellas, un obstáculo que parecería persistir en el fondo de las relaciones entre las comunidades indígenas y negras.

“El voluntario” es un cuento que nos remite a una situación creada por la presencia de la cooperación internacional en el campo del desarrollo rural. Se trata de la confrontación entre los mitos y la tradición y los cambios que exige la mejora de las “condiciones de vida” de una comunidad frente al fenómeno de la sequía. La magia y el mito antiguo de los sacrificios para lograr ciertos fines de beneficio colectivo pugnan contra la poca confianza que existe en las promesas del desarrollo y la tecnología de los proyectos de la cooperación internacional, que, a la larga, dividen a la población rural.

“El pozo y el agua” es una narración que recupera los valores de la tradición en una comunidad afroecuatoriana, la cual se ve empujada a abandonar su territorio debido a la presión desatada por mañosos negociantes de tierras de la sociedad mestiza. La sequía es un síntoma claro y es la señal de un golpe en contra de la tradición y el bien colectivo. Creer en los símbolos y en la presencia del espíritu poderoso de los ancestros es necesario para recuperar la vida, el agua, las tierras y la confianza perdida por los pueblos de origen africano.

Los cuatro cuentos que conforman el presente libro reflejan las diversas preocupaciones que mantenía Juan García, como guía, pensador y maestro de un proceso cultural y organizativo que estuvo enraizado en el medio rural del norte de la provincia de Esmeraldas. Como él, pocos han conocido su realidad de manera tan profunda y han sido partícipes de su experiencia para construir nuevos referentes de la cultura en el Ecuador actual.

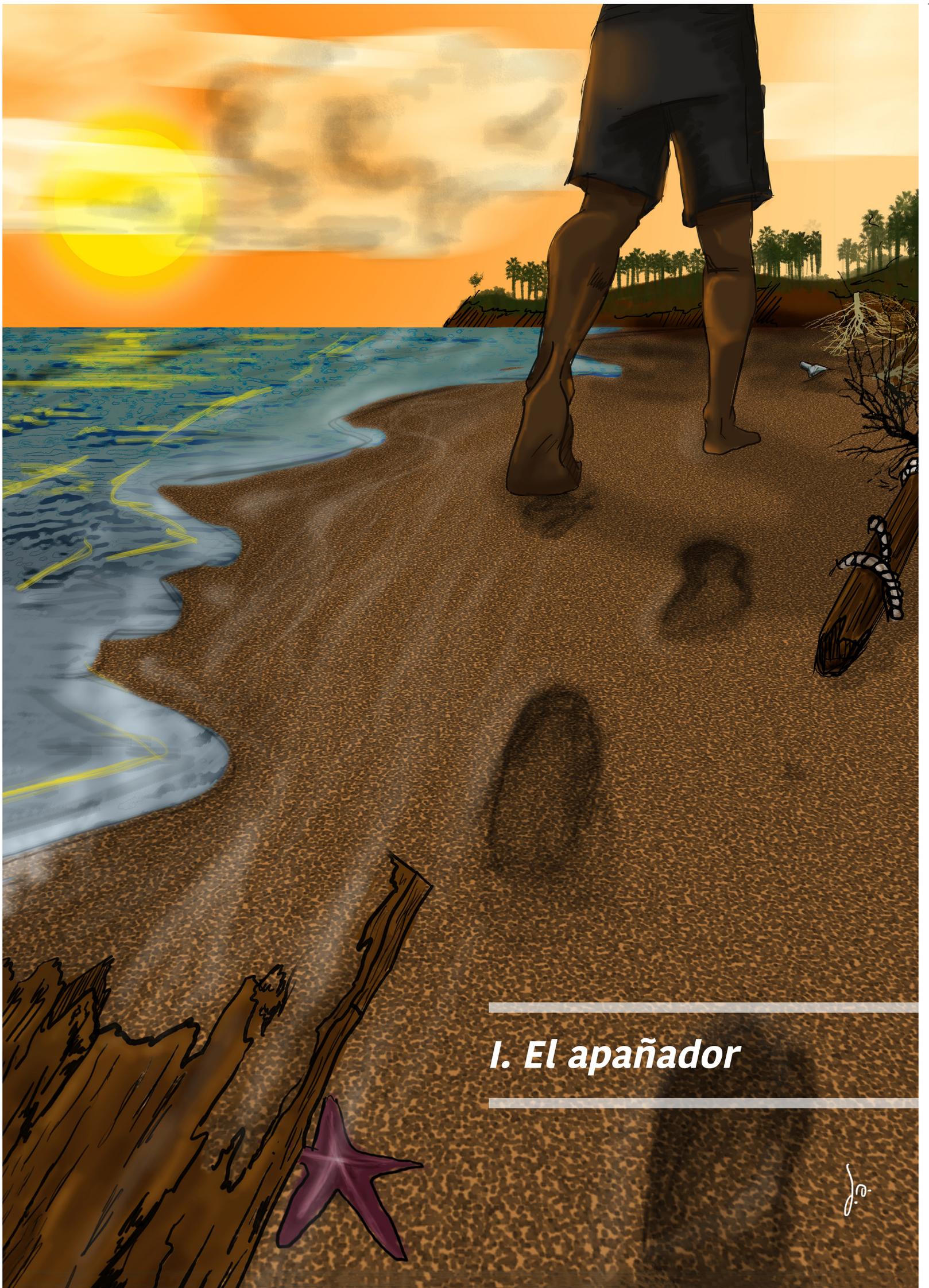
Las narraciones son la visión contemporánea del momento histórico que atraviesa la tradición afroecuatoriana; son mitos que aún viven pero que están modificados por el tiempo, y que usan disfraces por las relaciones sociales con el mundo exterior, las circunstancias políticas y por la presencia de los cambios.

La adaptación de las historias de Juan a la modalidad literaria implicó un trabajo técnico de creación y recreación de lugares, personajes, atmósferas, circunstancias, elaboración de ciertos diálogos, invención de nombres, etc., para lograr la estructura, secuencia y lógica propias de un cuento.

Cuentos que me contó Juan García es un libro destinado a una amplia difusión, no solo en el ámbito de la provincia de Esmeraldas, sino también a nivel nacional, como un libro disponible y al servicio de la lectura en las bibliotecas escolares y públicas.

La literatura y la tradición oral están aquí hermanadas, como un homenaje a Juan García, a su historia, y a la cultura e identidad del pueblo afroecuatoriano de la provincia de Esmeraldas.

El autor
13 de septiembre de 2018



I. El apañador

J.O.

El apañador

Esmeraldas es una provincia en la que se descubren personajes especiales, misteriosos y fantásticos; muchos de ellos parecen vivir frente al mar de la costa del Pacífico; otros, pueden estar en el interior, escondidos en los bosques, entre los manglares o sentados sobre las piedras de las orillas lejanas de sus ríos.

Me han llamado siempre la atención las personas que son consideradas dementes, o que tienen algún tipo de retardo mental, y que viven en una realidad distinta y alejada de la vida común de todos los habitantes de una comunidad. He guardado la curiosidad de conocer más sobre estas personas y su condición de vida. A veces la gente misma de las comunidades las mantiene aisladas, conservan la distancia con ellas y les guardan un cierto recelo. ¿Qué cosas pasarán por las mentes de estas personas? ¿Cómo será su mundo imaginario?, me he preguntado muchas veces. Toda esta circunstancia especial en la que viven las empuja a existir en soledad y con resignación. Sin embargo, me parece que estos seres especiales tienen un cierto poder, ese poder para sobrellevar cargas emocionales y físicas muy fuertes, mucho más duras que las que uno mismo lleva.

Recuerdo que en una comunidad negra de pescadores donde tuve que trabajar algún tiempo, había un muchacho que tenía la costumbre de permanecer en la calle, sentado y arrinconado en cualquier lugar. Las gentes se burlaban de él, lo atormentaban, lo molestaban, e incluso a



veces lo golpeaban, pero él se quedaba allí sin moverse, Había perdido todo, menos la voluntad de aferrarse al dolor de manera resignada.

Parece que sus únicos amigos eran los animales. Había perros que se le acercaban, lo olisqueaban, se quedaban un momento junto a él, lo lamían, se daban media vuelta y se iban. Nunca pude saber si él mantenía algún tipo de comunicación con ellos, pero era claro que no se portaban agresivos con el muchacho, y más bien lo respetaban.

Mientras todos los jóvenes del pueblo llevaban una vida común y corriente, en la que salían diariamente de pesca, conocían chicas, bailaban y se iban de fiesta, este muchacho de nuestra historia no pertenecía a ese tipo de vida. La gente le decía cosas pero él no respondía, manteniéndose siempre inmutable en el rincón que había escogido para pasar ese día.

Este joven era un caso raro, pues nunca nadie entre los pobladores había nacido con las limitaciones que él tenía. Para muchos él era una afrenta en la comunidad, lo rechazaban; no habían conocido un caso parecido antes, él era el primero. Decían por ahí que su nacimiento había sido quizás un castigo de Dios a la madre. Decían que por alguna razón ella tuvo que pagar alguna culpa teniendo un hijo con esas características. La gente andaba diciendo e inventándose cosas, sin saber en realidad lo que había ocurrido; ese era el bochinche en esta comunidad de pescadores. Buscaban de alguna forma explicarse la presencia de este muchacho solitario que deambulaba por sus calles y caminos, y que vivía alejado al final del pueblo, en un pequeño bohío maltrecho, ubicado sobre una loma junto al cementerio, que era un lugar vedado, un lugar de respeto porque allí descansaban los muertos. Había escogido ese sitio de vivien-



da para evitar la burla de la gente y lograr una tranquilidad para él y sus pensamientos.

En algún momento, de repente, se le prendió la idea de que podía hacer música. Sintió unas ganas incontenibles de tocar un tambor para que así lo escucharan, pues esa sería la única manera de sentirse aceptado en el pueblo.

Una buena parte de su tiempo lo empleaba apañando, es decir, recogiendo objetos que encontraba dispersos en la playa y que él creía útiles; todo aquello que la marea arrastraba hacia la arena diariamente: pedazos de madera con inscripciones, troncos de manglar, tiras de cuerda de las redes de pesca, botellas, caracoles y tantas cosas más. Por ello, la comunidad lo reconocía como “el apañador”. Se había convertido en un solitario apañador que caminaba a orillas del mar, desde temprano en la mañana hasta los atardeceres, a la espera de encontrar algo importante que cambiase su vida. Debía apañar todos los días para sentirse alguien; pensaba que algún día llegaría a ser útil para la comunidad, de manera que dejaran de tratarlo mal y de burlarse de él.

Un buen día empezó a decirles que él iba a ser músico, mientras caminaba como perdido por las calles de tierra y arena de la comunidad. Nadie escuchaba sus palabras; nadie podía creerle porque el apañador era considerado un loco.

Fue así que en medio de su soledad el asunto de la música comenzó a obsesionarlo. De alguna manera debía crear un instrumento que le permitiera expresarse con libertad e hiciera divertir a la gente de su pueblo.



Pero ese proyecto parecía algo difícil, porque nadie creía en él. Parecía que solamente el mar lo escuchaba, cuando el joven apañador se sentaba en la arena a contemplar los atardeceres.

En una de esas tardes, mientras miraba el mar, se hizo la pregunta: ¿Y por qué no un tambor? Toda Esmeraldas era una provincia de mucho tambor, y él sabía que una buena parte de las familias acostumbraba tener un instrumento de percusión en sus casas. Había llegado el momento de tener un tambor propio. Debía buscar al hombre que los fabricaba. Poco a poco se dedicó a frecuentar el lugar de trabajo del viejo artesano de tambores de la comunidad, para observar cómo los elaboraba e intentar ayudarlo en lo que pudiera. Debido a que el muchacho persistía en sus visitas, el viejo empezó a darle algunas tareas en el taller: pasarle herramientas, buscar troncos y otras cosas que servirían para cumplir la tarea del artesano. Finalmente, en poco tiempo, logró acoplarse en el trabajo de ayuda al artesano de tambores.

Como un buen apañador que siempre se topaba con esos “tesoros” que abandonaba el mar en la arena de la playa, en una de sus caminatas descubrió un tronco que tenía una forma un poco extraña. Era un tronco mediano que terminaba en una especie de cuerno ancho; era un gran cono de madera que podía servir para elaborar un tambor muy particular.

Cuando lo llevó arrastrando hacia el taller, el viejo artesano le dijo que no todos los troncos servían para fabricar instrumentos de percusión, y que ello dependía mucho del origen y la calidad de la madera. “Se los confecciona con troncos de chalviande, guararipo, zapote y otros árboles. Al igual que la voz, debes aprender que cada tambor tiene un sonido



propio y diferente. Los tambores emiten un mensaje especial cuando se los toca”, le explicó al muchacho que miraba a su maestro con ojos de gran curiosidad.

El apañador, haciendo un gran esfuerzo para poder hablar lo mejor posible, y articulando con dificultad los sonidos que salían de su boca, le hizo entender al artesano que el mar le había hablado y entregado ese tronco para que construyera su tambor. El viejo le daba vueltas al madero que yacía en el piso, observando los detalles de su textura. Luego le dijo al muchacho que iba a ayudarlo para que él también tuviera su propio tambor. Manos a la obra. Comenzaron su trabajo, ensanchando el hueco del tronco, emparejando sus bordes, alisando todas las asperezas que tenía en su interior y exterior.

Cuando el tronco estuvo preparado y listo para continuar con el proceso de acabado, el anciano le explicó al apañador, que tambores con la forma de cuerno –como la que tenía el madero llevado por el muchacho–, eran utilizados por los antiguos viejos de África, para tocarlos en ceremonias especiales, como eran los rituales de muerte. Eso había escuchado decir a sus abuelos que, a su vez, habían oído relatar a sus ancestros. Contar las cosas de los antepasados era parte de la tradición que había que conservar y guardar en las familias de origen africano.

Para avanzar en la elaboración del tambor se necesitaba mucha observación, cuidado y conocimientos. Había que secar muy bien los troncos y luego colocarlos sobre el humo para que la madera estuviera bien curada; solo así se podía dar el siguiente paso: colocar el cuero del tambor.



El viejo le explicó que la piel, el parche o el pellejo –como así lo llamaban a la membrana del tambor–, debían seleccionarse con mucho cuidado, porque de ello dependía el sonido y la voz del instrumento.

Las personas de las comunidades negras que conocían de tambores, decían que para elaborar un tambor de dos membranas era importante tomar en cuenta la selección de los parches, pues entre ellos debía guardarse una armonía. Por ejemplo, cuando se coloca piel de tigre en un lado del tambor, y piel de venado en el otro, y se toca este instrumento en un baile o una fiesta, existen grandes probabilidades de que se produzcan disgustos, riñas y peleas, porque el tigre y el venado son dos personajes antagónicos. Para evitar ese error en la confección de los tambores –como en el caso del bombo grande o bombo mayor–, se debe colocar piel de venado y piel de tatabra, pero siempre hay que tocarlo golpeando por el lado del venado. El venado es el cuero macho y el de tatabra es el cuero hembra; la tatabra atenúa y equilibra el sonido del venado. Quienes conocen sobre tambores saben también que en el caso de tambores de una sola membrana, lo mejor es poner piel de venado o de chivo.

Todo esto sabía el viejo artesano; lo había aprendido por enseñanza de sus mayores y ahora se lo transmitía al joven apañador, quien debía buscar una piel adecuada para temprarla en su tambor.

En una de sus acostumbradas caminatas en la playa, al pasar cerca de la pared del acantilado vio, entre algunos troncos de mangle que estaban acumulados, el cuerpo exánime de un ave parecida a un pelícano muy grande. Halándola de sus patas la sacó para poder examinarla. No, no era un pelícano; era demasiado grande para serlo. Decidió llevarla a su casa





para extraerle alguna parte de la piel que le sirviera para confeccionar el parche de su tambor.

En el trayecto, la gente miraba cómo el muchacho arrastraba por la arena aquella ave grande y extraña. Los viejos se le acercaron con curiosidad para mirar lo que llevaba, pero ninguno había visto en su pasado algo semejante. Durante el día, la noticia del hallazgo del apañador se regó enseguida y fue el comentario en todas las familias de la comunidad.

Mientras ello sucedía, en su casa el muchacho decidió cortar la gran membrana que, al igual que los pelícanos, el pájaro llevaba bajo su pico. Tenía una buena consistencia y elasticidad como para extenderla y templarla sobre el aro de madera, tal cual le había enseñado quien se había convertido en su maestro.

Luego de unos días, el parche del tambor estaba listo; la membrana se había secado y tenía muy buen aspecto. Era hora de llevarla para que viera el viejo artesano y la fijaran en el tambor.

“¿Y de dónde has sacado esta piel?”, le dijo, mirando el aro con el cuero que le entregaba el muchacho. Con un poco de dificultad, le respondió cómo había sido el hallazgo y su trabajo para lograr templarla y secarla.

“Normalmente se usan pieles de animales para hacer instrumentos de percusión, aunque mis antepasados me contaban que en África se usaban tambores con piel de pájaros especiales para ciertos rituales que tenían que ver con la muerte. Esto lo hacían solamente los brujos y los curanderos, porque esas aves eran consideradas de mal agüero, al igual que el sonido que producían esos tambores”.



Luego de unos días, templaron el cuero del pájaro sobre el cuerpo del cununo, que es el tambor de una sola membrana. Había que asegurarse muy bien de todo el proceso para que el instrumento estuviera muy bien acabado: colocar correctamente el aro, estirar los tensores con precisión y ajustar bien las cuñas para darle el sonido apropiado. El joven había hecho muy bien su trabajo y el artesano lo reconoció. Había aprendido la técnica de hacer tambores. Pero faltaba algo importante: antes de empezar a usarlos, los tambores debían ser bautizados en un pequeño ritual en el que se les echaba aguardiente. Luego de eso, era el momento de aprender a tocar el instrumento.

Cuando comenzaron los primeros golpes, se dieron cuenta de que era muy especial; era un sonido un poco grave que se propagaba con un eco agudo que parecía cortar el aire. Era muy raro. El viejo nunca había escuchado antes algo similar.

Finalmente, el apañador se llevó su tambor y el artesano se quedó tan sorprendido que contó a muchas personas que el joven había fabricado un tambor, lo cual significaba un gran mérito para alguien que había sido siempre rechazado y marginado en la comunidad.

El muchacho ya casi no aparecía por el taller, pues andaba dedicado a tocar su tambor. Podía escuchársele a lo lejos tocando en la loma cercana al cementerio o en los atardeceres, sobre las rocas que limitaban con el mar.

Golpeteando su cununo había descubierto que los sonidos eran diferentes, dependiendo de la dirección del viento. A veces lo hacía más rápido



o más lento; más continuo o con intervalos de tiempo. La gente lo escuchaba a toda hora, en las mañanas o en las noches. Sabían que era el joven apañador que andaba por ahí con su tambor. Era un sonido que terminó volviéndose muy familiar en el pueblo.

Alguna vez que hubo una fiesta en una casa de la comunidad, el muchacho se sentó frente a la vivienda y empezó a tocar su instrumento con rapidez y energía. El ambiente de la celebración familiar se volvió un poco pesado, y la gente comenzó a disgustarse, a insultarse y a pelear. Pero cuando el apañador bajó la fuerza de su ritmo, haciéndolo más lento y pausado, las personas comenzaron a calmarse. Poco a poco fue dándose cuenta de lo que sucedía a la gente cuando, sin quererlo, escuchaba el sonido de su tambor. Era increíble, pero el golpeteo podía influir en los ánimos de las personas de la comunidad. Ese fue su descubrimiento. Su tambor podía ejercer una gran influencia en los ánimos del pueblo. Los ritmos lentos y suaves favorecían al amor y los romances; los rápidos y fuertes provocaban malestares, discusiones y peleas entre la gente del pueblo, y hacían que el mar se embraveciera. Para cada situación, el apañador sabía la manera apropiada de tocar su tambor para favorecer o perjudicar a las personas e influir en la vida de la comunidad, aunque nadie lo supiera.

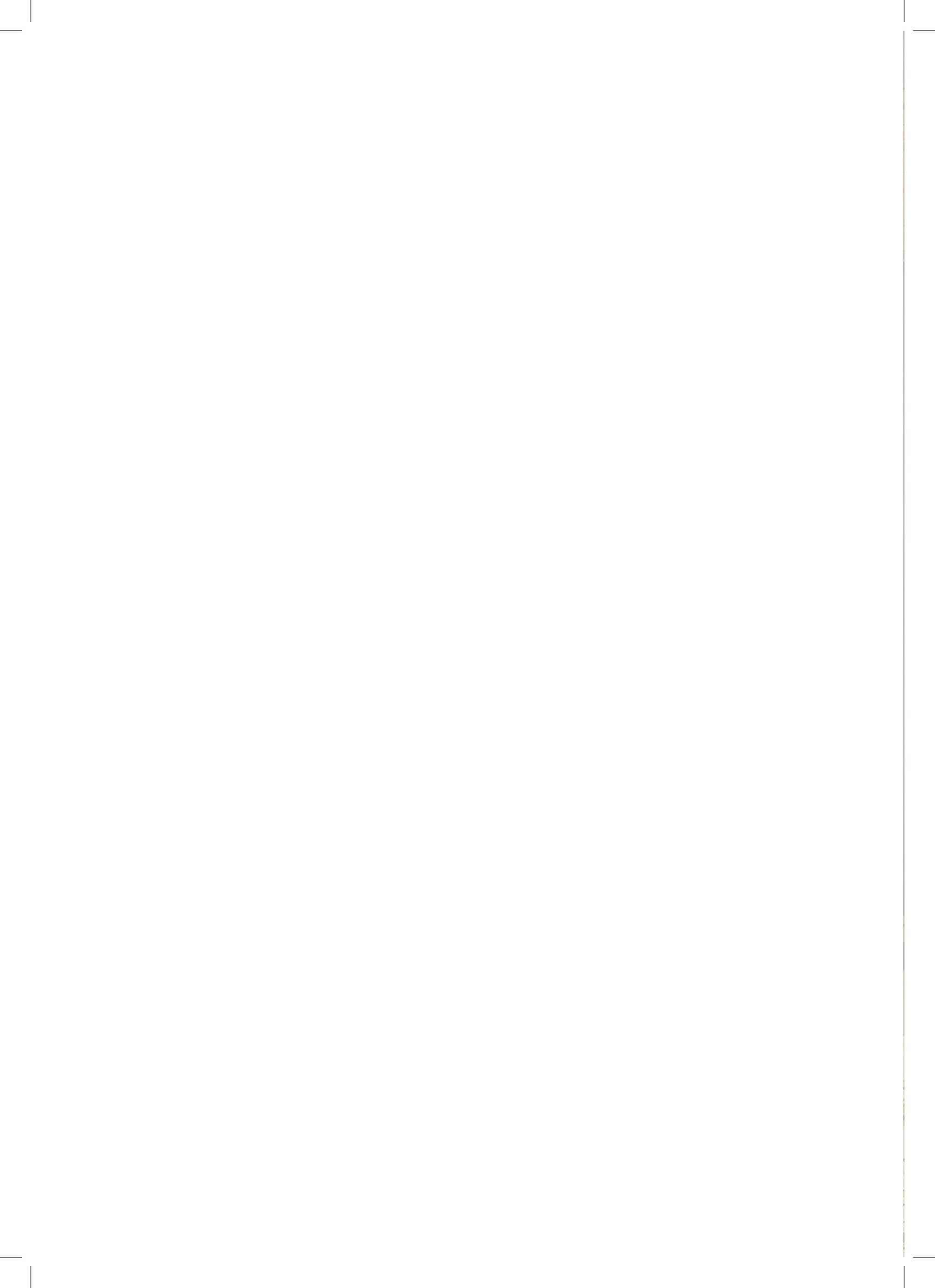
Cuando el viejo se dio cuenta de lo que sucedía, corrió la voz por el pueblo que hablaba de las cualidades que tenía el apañador y la magia de su tambor. Tan conocida se volvió esta magia que los pescadores lo llamaban para que hiciera sonar su instrumento antes de salir en sus canoas, para tener buena mar y abundante pesca. Las mujeres embarazadas se acercaban a él para que todo marchara bien con la ayuda de su tambor;



se lo llamaba para que tocara en los matrimonios y provocara felicidad y suerte en las parejas.

El joven se convirtió en alguien indispensable para la vida de su comunidad, aunque nadie nunca supo que lo había logrado en complicidad con el mar, cuando una mañana, ya lejana, las olas arrojaron en la arena el cuerpo de aquella extraña ave que más tarde lo haría volar muy lejos.







II. La mitad

J.P.

La mitad

Bajo una enorme cubierta verde de vegetación tropical, que guardaba los secretos y misterios de los habitantes de la provincia de Esmeraldas, vivían poblaciones indígenas y negras, confundidas en la espesura del monte y en las orillas de los ríos. Allí se mantenían distantes entre ellas, y cada cual velaba por el cuidado de su propio espacio y territorio.

Límber era un joven cazador de la comunidad negra que amaba su oficio; era un experto armador de trampas para atrapar todo animal que cruzara presuroso y distraído en medio de la vegetación exuberante de la selva. Eran las presas que diariamente pretendían cazar todos los humanos que vivían en el trópico.

Por la práctica antigua de esta tradición nacida en los palenques creados por sus antepasados africanos, las comunidades negras habían mantenido y perfeccionado la habilidad para construir trampas para cazar animales mamíferos grandes y pequeños. Todos los caseríos tenían su grupo de tramperos expertos para moverse en la selva y demostrar su gran oficio. Cada día lograban colocar un promedio de treinta o cuarenta trampas para animales de todo tamaño. Si la caza era buena, podían incluso guardar la carne salada para usarla en los momentos que la cacería disminuyera. Sabían que el territorio de caza debía ser compartido por las comunidades indígenas y negras; desde que tenían memoria siempre había sido así.



Limber no era el único cazador de la zona; había muchos indígenas que lo hacían también. Cada uno tenía su propia técnica y manera de colocar las trampas dentro de la espesura del bosque tropical.

Las trampas que se colocaban eran muy variadas. Algunas eran agujeros grandes cavados en el suelo y cubiertos con ramas y vegetación, con la suficiente profundidad como para impedir que los animales grandes lograran salir una vez que cayeran al fondo; en muchos casos contenían afiladas estacas que los herían mortalmente e inmovilizaba. Otras trampas tenían lazos de cuerda que se colocaban en el suelo y se los cubría con hojarasca. Mediante un sensible mecanismo de resorte, al pisarlos accionaba con violencia una gran rama que levantaba a los animales para colgarlos en el aire como indefensas presas. Esto obligaba a los cazadores a regresar luego de uno o dos días para saber el resultado de su trabajo.

Los indígenas de aquella zona se guiaban siempre por la sabiduría y el conocimiento de su cacique mayor, a quien se lo conocía como don Mariano. Años atrás había sido también un hábil trampero, y ahora era un hombre sabio, muy querido y respetado en su comunidad.

Una mañana, el anciano indígena salió como de costumbre para caminar e internarse en el monte en búsqueda de plantas medicinales. En el sendero se topó sorpresivamente con una serpiente que estaba “toreada” (molesta) y que trató de morderlo. Con rapidez, don Mariano pudo esquivarse del ataque de la culebra y saltó hacia un costado, sin darse cuenta de que se trataba de un falso suelo que había sido hábilmente cubierto por ramas y vegetación, para atrapar animales mayores. Cayó



al fondo del gran agujero y sintió un gran dolor al clavársele una de las estacas en una de sus piernas.

Al segundo día después del accidente, la comunidad indígena empezó a preocuparse por la ausencia del anciano. Como había desaparecido de repente, todos iniciaron su búsqueda. La noticia también llegó a los oídos del bohío más cercano de los negros, luego de lo cual Límber se internó también en el bosque para intentar buscar al viejo, mientras desarmaba unas trampas viejas colocadas por alguien que ya se había ido de la comunidad.

En su caminata entre la espesura de la vegetación, escuchó de pronto un quejido en un lugar muy cercano. Se llevó una gran sorpresa cuando se aproximó al borde del agujero y vio al viejo maltrecho que yacía en el fondo y con una herida que se veía muy infectada. Debía hacer algo y con rapidez, porque el hombre se veía muy mal. Construyó con habilidad una escalera usando unas ramas y lianas para sacarlo del hoyo, y luego le dio de beber agua.

Tuvieron que pasar un par de noches bajo un cobertizo de ramas y hojas que les sirvió de refugio, debido a que don Mariano no podía caminar. Necesitaba una curación inmediata y tratar su herida con las plantas medicinales que ellos conocían.

La primera noche escucharon merodear al tigre muy cerca de donde estaban. Eso confirmaba la sospecha que tuvo de Límber cuando en la mañana observara huellas frescas sobre el barro en uno de los senderos cercanos. Debían estar alertas. El viejo cacique, sin embargo, le aconsejó



varias veces que se fuera, que lo dejara morir y que no pusiera en riesgo su vida, pero no logró convencerlo. Eso más bien motivó al joven negro a construir varias trampas para intentar atrapar al hambriento tigre que andaba por allí dando vueltas. Don Mariano aconsejó a Límber en qué lugares podía colocar las trampas, pues, debido a su experiencia, él tenía mucha intuición. Así lo hizo y esperaron una nueva noche, junto a la pequeña fogata que encendieron al lado de su refugio. En la madrugada se escuchó otra vez al tigre merodeando muy cerca.

La curación con hierbas medicinales logró mejorar la pierna del cacique, pero todavía no se encontraba listo para incorporarse y caminar. A pesar de que don Mariano insistiera que lo dejara solo y que regresara a su pueblo, porque sentía que ya le tocaba morir, Límber le dijo que él lo había encontrado y salvado de la muerte y que era su obligación llevarlo de retorno a su pueblo.

El tigre parecía ser muy astuto pues lograba esquivar todas las trampas que Límber le había colocado. Don Mariano pensaba que en cualquier momento el gran felino iba a aparecer ante los dos y se les iba a lanzar encima. El cacique dudaba que a él lo atacara, porque estaba viejo, flaco y con una herida infectada que ya despedía un mal olor. El tigre buscaba carne joven y musculosa para devorarla.

Fue así que idearon una trampa en la que Límber iba a ser la carnada que atraería al tigre. Habían preparado una trampa que dejaría caer un gran tronco que se hallaba suspendido por una cuerda a la que el viejo cortaría en el momento preciso, cuando el tigre estuviera en el punto



exacto, antes de saltar sobre Límber para devorarlo. Con un solo y preciso golpe podían matar al animal y salvarse ambos.

Llegó la tercera noche y los dos estaban preparados. En el momento en que apareció el tigre y se aproximó, lento y amenazante, hacia el joven, como cuidando que su presa no pudiera escapar, don Mariano, a pocos metros de la escena y escondido detrás de un arbusto, cortó la cuerda y el tronco cayó precisamente encima del animal, matándolo de manera instantánea.

Al día siguiente, iniciaron el retorno a la comunidad del cacique. Límber tuvo que ingeniárselas para armar una especie de canasto grande —al que llaman “parihuela”—, tejido con las lianas y ramas que encontró. Una vez que estuvo terminado, acomodó al anciano con cuidado y lo levantó sobre sus espaldas, asegurando la carga con unas cuerdas sujetas a sus hombros. Así lograron salir después de dos días y dos noches de camino.

Al llegar al caserío indígena, la gente se sorprendió al ver que el cacique había sido rescatado con vida. Lo recibieron con gran regocijo y agradecieron a Límber por haberlo salvado. Fue así que se inició una amistad entre los dos protagonistas de esta historia.

Sin embargo, las veces que aparecía por ahí a visitar a don Mariano, el joven no se sentía bienvenido, pues era común que los indígenas mantuvieran distancia con las personas negras y en ocasiones las miraran con recelo. Con ese ambiente poco propicio para las visitas, Límber decidió finalmente suspender los encuentros con el viejo cacique.



Pasaron algunas semanas y don Mariano estaba muy preocupado por el alejamiento de Límber. Una vez que estuvo totalmente recuperado de su herida, decidió salir a buscarlo, en compañía de cuatro miembros de su familia, para proponerle que fuera a vivir con ellos. De alguna manera el anciano quería agradecer y compensar la valentía del joven negro por haberle salvado la vida. Pensó que la mejor forma de integrarlo a su comunidad era haciéndolo casar con una muchacha indígena. Esa fue exactamente la propuesta que llevó a Límber: debía escoger a su pareja de un grupo de las más bellas jóvenes del caserío. Así lo hizo, luego de quedarse impactado por la belleza de una joven de cabellos negríssimos y largos, y de ojos negros y rasgados. Límber la escogió como su esposa para la celebración de la boda, aunque la madre de la muchacha y unos dos o tres miembros de la comunidad se opusieron a esta unión. Decían que el casamiento iba en contra de su tradición, porque la voluntad de los espíritus ancestrales recomendaba mantener siempre el antagonismo y la distancia entre negros e indios. Según ellos, una alianza como la que iba a darse, estaba destinada a no producir buenos frutos para ninguno de los dos pueblos. ¡Qué complicado se volvía este compromiso!

La muchacha supo del gran valor y valentía de su pretendiente y aceptó la propuesta de matrimonio, tal cual había recomendado el propio cacique.

El anciano argumentaba que el valor y el heroísmo demostrados por Límber al salvarlo, también eran atributos legados por la tradición de los ancestros y que ello era una garantía genuina para llevar adelante el casamiento. De esta manera, la palabra y la voluntad del cacique estaban por sobre todas las personas. Era él quien tomaba las decisiones fundamentales y todos debían responder con obediencia.





En la celebración del casamiento, don Mariano dio buenos augurios a la pareja, asegurando que esa unión iba a ser beneficiosa para el conjunto de la comunidad. Asistieron todos los integrantes del caserío, menos la madre de la joven, quien se resistió desde el primer momento a aceptar esa alianza, argumentando que su hija no podía casarse con un hombre negro y extraño a su pueblo, y que de ese matrimonio no iba a salir nada bueno. Pasado este episodio, y ya superada momentáneamente la tensión familiar, tomaron la decisión de que la pareja fuera a vivir en un lugar

distante de la comunidad, de manera que pudieran hacer visitas a sus respectivas familias. Escogieron el sitio apropiado para asignarles el terreno donde debían construir su pequeño rancho.

A pesar de haber transcurrido ya varios días del matrimonio, las comunidades de los dos lados no lograban asimilar del todo esta unión. Los jóvenes sentían gran curiosidad por conocer detalles de la vida de esta nueva pareja, porque nunca antes se había visto una relación entre dos personas de distintos orígenes en esa región, al tiempo que los ancianos se encontraban preocupados por haber roto la tradición de los antiguos y temían que algo malo pudiera ocurrir.

Don Mariano se mantenía en la misma posición, defendiendo siempre al muchacho que le había salvado la vida. Sin embargo, la madre de la joven se hallaba hundida en la amargura y se resistía a aceptar la realidad de la nueva vida de su hija. Pensaba que debía actuar para que esa especie de hechizo se rompiera y la relación fracasara. Echaba maldiciones y malos augurios a cada momento, pronosticando que algo muy malo ocurriría a los dos pueblos.

Ante semejante actitud negativa y llena de rencor, el cacique decidió expulsarla de la comunidad, pues representaba una amenaza contra los buenos ánimos y el bienestar de todos. Al igual que ciertos curanderos que a veces usaban sus conocimientos e influencias para atraer a los malos espíritus y provocar desgracias a la gente, la madre de la chica se había convertido en un ser tan negativo que no merecía tener un lugar entre las familias que vivían en el caserío. Era muy perjudicial. Dispuso entonces que se fuera a vivir en un rancho distante del pequeño pueblo.



Luego de la decisión tomada por el cacique, ella sintió que su odio crecía. Aparte de perder a su hija en un matrimonio al que se había opuesto rotundamente, ahora era expulsada de su pueblo. Las cosas no podían quedar así; necesitaba vengarse de alguna manera.

Pasaron varias semanas y empezaron los primeros problemas entre miembros de las comunidades negras e indígenas. Como los territorios de ambos pueblos no tenían ninguna frontera, no era difícil que en medio de la selva se produjesen encuentros casuales entre ellos, debido a las largas caminatas que debían cumplir para las actividades de cacería. Al principio, se escuchaban reclamos y gritos confundidos en mitad de la exuberante vegetación, cuyo eco se expandía por todos lados e incluso inquietaba a las aves y animales que vivían en el bosque. Cada vez se notaba un mayor disgusto y agresividad entre ambos bandos que pretendían ubicar sus trampas y definir los espacios para la cacería.

Fue así que en una de esas tardes apareció en la comunidad un joven indígena que había salido del monte con varias heridas en su cuerpo. Se había topado en medio de la selva con cinco hombres negros que lo atacaron, cuando intentaba colocar una trampa. Luego de escuchar esta noticia, la comunidad indígena decidió reaccionar y organizarse para internarse en el bosque y atacar a la comunidad negra de donde provenían los cinco agresores.

Ese episodio fue el inicio de todo. Lo que antes había sido un lugar compartido, donde los dos pueblos cazaban y encontraban el sustento para vivir, se convirtió en un territorio de enfrentamientos violentos. Las trampas del lado contrario eran destruidas y luego tomaban posesión



del territorio. Cada una de las comunidades sentía rencor y miedo al mismo tiempo. No era posible continuar con un estado de conflicto permanente en medio del bosque esmeraldeño. Había que hacer algo.

Una tarde lluviosa reunió a los ancianos de los dos pueblos para encontrar una solución que alejara la violencia y el peligro. En este consejo de los mayores, se llegó a la conclusión de que debía dividirse y delimitarse el bosque, como una única salida práctica. Cada cual tendría su espacio territorial para evitar los choques entre los miembros de las comunidades en disputa. Era la primera vez que se decidía levantar una frontera entre los dos pueblos como una medida extrema. En adelante, nadie podría atravesar los límites creados mediante este acuerdo. Todos salieron cabizbajos de la reunión, porque nunca antes había ocurrido algo así.

Sin embargo, el problema no estuvo del todo resuelto. En la vida real los animales –que no conocían de fronteras ni acuerdos–, seguían moviéndose libremente por todo el bosque, y los cazadores persiguiéndolos por donde fueran. Los conflictos continuaron por las disputas que surgían a partir del reclamo de la pertenencia de los animales cazados a uno u otro territorio. Era muy difícil y casi imposible resolver un problema de esta naturaleza.

Toda esta situación, que estaba fuera de control de las dos comunidades, terminó afectando a la joven pareja que se vio presionada de manera constante para que rompiesen su relación matrimonial. No obstante, ellos se resistían porque ahora estaban unidos por un fuerte sentimiento de amor, pues no solo se trataba de un acuerdo de alianza formal.



Al poco tiempo, la joven se dio cuenta de que estaba esperando un hijo, y ambos sintieron una gran ilusión de su nacimiento.

De acuerdo con la tradición de la comunidad indígena, la joven debía ser acompañada y protegida por su madre durante todo el período de embarazo. Fue así que la mujer empezó a frecuentar a su hija en el rancho de la pareja.

Para cumplir con la costumbre de su pueblo, la madre debía realizar un ritual de siembra de ciertas plantas que iban a ayudar al buen desarrollo del niño antes de nacer. La malva era una de esas plantas que acostumbraban sembrar para ayudar al crecimiento sano de los hijos antes de nacer. La malva crecería en armonía con el aumento de tamaño del vientre de la muchacha.

Sin embargo, nadie sospechaba de las intenciones ocultas que tenía su madre. En vez de sembrar una planta de malva, sembró una mata de espinas. Pero eso no era todo, la tradición indígena también incluía la cría de ciertos animales para la alimentación de la madre antes y después del nacimiento de la criatura. Pero ella no hizo ningún caso de esas antiguas recomendaciones y prefirió desobedecer el mandato ancestral. Decidió por cuenta propia que su hija no comería nada especial durante el embarazo; simplemente comería lo que todos comían y nada más.

Mientras eso sucedía en el rancho de Líंबर y su esposa, en el bosque continuaban los conflictos y peleas violentas entre los miembros de las comunidades negras e indígenas que disputaban el territorio cada vez con mayor agresividad. Llegaron al punto de comenzar a atacarse mu-



tuamente y destruir los caseríos de uno y otro lado, sembrando la destrucción de los recursos de las familias.

Pasaron varias semanas y el día del nacimiento estaba próximo; se habían cumplido nueve meses. La tradición disponía que toda mujer debía permanecer acompañada en el parto solo por su madre y nadie más, lo cual suponía mantenerla aislada y lejos de la presencia del padre.

Escogieron un lugar en el monte y junto a un río para levantar un pequeño refugio construido de ramas, donde madre e hija debían permanecer solas hasta que la criatura naciera y fuera bañada por primera vez en sus orillas. La madre había llevado un canasto con algunas cosas para usarlas durante esos días, que incluían algunas hierbas que debía preparar para las bebidas de su hija.

Límber dio un abrazo largo a su compañera y le dijo algo al oído antes de despedirse y perderse en el sendero con rumbo a su rancho, donde debía esperar que la madre de la muchacha llevara al recién nacido para que lo viera por primera vez, de acuerdo con la tradición indígena.

Las dos mujeres transcurrieron unos días más bajo el cobijo del improvisado refugio. La madre insistía a su hija para que tomara las infusiones de hierbas extrañas que le preparaba y que supuestamente iban a ayudarle en el nacimiento de la criatura. La joven se iba debilitando de manera notoria y sentía extraños mareos y náuseas después de cada toma que hacía del brebaje; las tres últimas noches tuvo fuertes pesadillas que la mantuvieron agitada y sin reposo. Al cuarto día ya no despertó.



La madre miró esa mañana a la joven que yacía inmóvil, con los ojos semicerrados y los cabellos húmedos y revueltos sobre las sucias cobijas tendidas encima de la hojarasca. Junto a ella reposaba el cuerpo inerte del pequeño que no pudo vivir. Lo único que hizo fue suspirar y pensar que todo había concluido. Para ella, desde el inicio ese niño había estado predestinado a no nacer; eso lo había pronosticado cuando, contra su voluntad, unieran a la pareja en el casamiento varios meses atrás.

Desde lo alto se vio bajar a la mujer caminando hacia la orilla del río, llevando un machete en la una mano y en la otra el cuerpo exánime de la criatura. Solo se escuchaban el rumor de la corriente de agua y los graznidos de los papagayos en el bosque.

Esa misma mañana, más tarde, sentado en el umbral de su rancho, Límber esperaba con ilusión que la madre de su esposa le trajera a su hijo recién nacido para conocerlo.

A la distancia, la vio salir del bosque y venir por el sendero caminando lentamente y cabizbaja. Traía un bulto de tela oscura en una de sus manos. Límber se incorporó esperando a que llegara al espacio de tierra de la entrada de su bohío. Cuando estuvo cerca, la mujer levantó la cabeza y le clavó la mirada con sus ojos de rencor, antes de depositar el pequeño bulto sobre el suelo. El joven se volcó a abrir el atado de tela para mirar su contenido.

“Ahí está tu hijo. Ahí está tu mitad”, le dijo la mujer con voz pausada.





III. El voluntario

El voluntario

En los atardeceres la luz rojiza y brillante del sol pegaba en la silueta de todos los barquitos encallados y abandonados en la playa. Eran barcos viejos de todos los tamaños y de distinta procedencia; los habían llevado para dejarlos allí, reunidos en un gran espacio de arena, como en un solitario cementerio de naves marinas. Cada una llevaba escondida una vieja historia de navegación y ahora se encontraba inmóvil y abandonada a orillas del mar.

Más allá, y sobre un acantilado de mediana altura, se levantaba un pueblo de pescadores, desde donde era posible tener una vista panorámica de toda la ensenada. De los extremos del caserío descendían dos estrechos caminos hacia la playa, por los cuales los pescadores bajaban, cada madrugada, para salir en sus botes y realizar sus jornadas de pesca.

A pesar de tener tanta agua de mar a su alrededor, el pueblo carecía de agua dulce. Paulatinamente los pequeños esteros habían disminuido su caudal y estaban secándose, pues en el interior de la costa, en las montañas, una buena parte de los bosques había sido talada desde hacía algún tiempo. Estaba muy claro que la disminución del bosque había provocado la desaparición de algunas vertientes en las partes altas. Solo en los períodos de invierno los esteros aumentaban su caudal y el pueblo podía compensar en algo la escasez de agua durante el año. Pero la situación llegó a ser tan preocupante que algunos estaban comenzando a irse



del pueblo para encontrar otro lugar con mejores condiciones para vivir. Carlo Agostini era un voluntario italiano que trabajaba para una organización de proyectos de desarrollo rural, y era el encargado de coordinar la propuesta técnica para dotar de agua dulce a la comunidad de pescadores y solucionar de manera definitiva el problema que estaba afectando a todas las familias.

Tuvieron varias reuniones en la comunidad para discutir y resolver el problema del agua y encontrar una solución técnica, que proponía perforar, a gran distancia del poblado, algunos pozos para traer el agua dulce mediante un sistema de tubos. Sin embargo, los asistentes a la reunión no se convencieron de la propuesta, pues creían que la escasez obedecía a un designio divino y a una voluntad sobrenatural que demandaba a la comunidad la celebración de determinados rituales para que el agua llegara al recinto. Muchos pensaban, luego de cada reunión, que lo que proponía el voluntario era una locura; era algo imposible de lograr. Sin embargo, Carlo iba y venía de visita para las inspecciones y recorridos por el área circundante, subiendo y bajando lomas, pensando siempre en que el proyecto del agua era factible para el pueblo.

En una de sus caminatas se dirigió hacia un extremo del poblado, intentando visitar otros lugares para tener una idea más cabal del área general que debía cubrir la propuesta del sistema de dotación de agua. A esas horas de la mañana, la mayoría de pobladores se encontraban en sus actividades diarias de trabajo, en las tareas de pesca, en los pequeños kioscos de venta de víveres, en el arreglo y reparación de sus casas o en los quehaceres domésticos.



Ya un poco alejado del pueblo, Carlo se topó con una casita que se levantaba sobre una pequeña loma. Era una vivienda muy pobre, de caña, madera y con una techumbre de palma. En realidad, estaba muy apartada de todo; era el único bohío que se podía ver y no tenía cerca ninguna otra casa vecina.

Carlo tuvo la impresión de que la persona o personas que vivían allí, habían elegido ese lugar como una opción para estar apartadas del pueblo. “Seguramente tendrán alguna razón para estar tan alejados”, pensó, mientras caminaba mirando el mar desde ese punto elevado en el que se encontraba. Sin embargo, le invadió la curiosidad de saber quiénes vivían allí y decidió acercarse un poco más. Vio parada en la puerta a una mujer que también lo miraba. Carlo levantó el brazo para saludarla, pero no encontró ninguna respuesta por parte de ella.

“En fin, yo sigo más bien mi camino”, se dijo ante la falta de interés de la mujer.

En los días siguientes, pasó por la misma ruta de la casa alejada. A veces la veía por ahí, haciendo sus quehaceres, y otras veces solo estaba contemplativa mirando el mar. Pero igual, la mujer no respondía a sus saludos de cortesía a pesar de su insistencia.

En alguna ocasión, Carlo Agostini decidió comentarle algo acerca de esta casa al dirigente de la comunidad. Le dijo que la vivienda era muy pobre y que solo había visto a una mujer que parecía muy aislada y huraña, y que posiblemente necesitaba ayuda por encontrarse en un lugar tan apartado de la comunidad.



Don Alfonsito —como así llamaban todos al líder de la organización comunitaria—, era un hombre ya mayor, de piel muy oscura y de barbas blancas a medio crecer. Siempre se lo veía fumando un cigarro y puesto un sombrero grande de paja mientras hacía sus actividades diarias. El viejo recomendó al voluntario italiano no acercarse a la mujer que vivía alejada, aduciendo que por alguna razón ella se mantenía apartada de la comunidad.

Carlo no entendió mucho la advertencia que le hizo Don Alfonsito y prefirió investigar por cuenta propia lo que ocurría en la casa distante.

Como caminaba mucho por esa zona, debido a los amplios recorridos que debía hacer por el proyecto del agua, en cualquier momento iba a tener la oportunidad de aproximarse a la casa para curiosear. A fin de cuentas, al italiano le gustaba también buscar un poco de aventuras mientras hacía su trabajo.

Después de varios intentos, finalmente la gran noticia de la ubicación física de los pozos de los cuales iba a ser extraída el agua, fue dada en la reunión de toda la comunidad. A pesar de exponerles las razones técnicas que iban a posibilitar el éxito del proyecto, muchos de los asistentes pusieron cara de no estar muy convencidos y continuaron creyendo que el italiano era un poco fantasioso.

Hasta tanto, una que otra familia había decidido irse del pueblo en búsqueda de otro lugar para mudarse, pues la escasez de agua se hacía cada vez más aguda. Pensaban que nada de lo que planteaba el voluntario iba a suceder, a pesar de que Carlo Agostini, con su marcado acento italiano,



hacía un gran esfuerzo para explicar con claridad a los comuneros, a fin de que no quedaran dudas de lo que proponía.

Pese a todo, los pobladores se mantenían divididos entre quienes creían que sí era factible el proyecto técnico para extraer el agua desde los pozos distantes y transportarla al pueblo desde las montañas, mediante el sistema de tubería que estaba proyectado; y otro grupo que era totalmente contrario, y que manifestaba que debían volver a la tradición de la comunidad porque esa propuesta era imposible realizar.

Los días de recorrido que tenía Carlo lo obligaban a moverse por toda el área geográfica del proyecto, a fin de supervisar las actividades que se cumplían para la extracción del agua y la construcción del sistema de tuberías.

Una tarde, cuando retornaba de su inspección, detuvo a la distancia su vehículo y decidió caminar hasta la casa aislada. Vio por allí a la mujer y pensó que sería una buena oportunidad para establecer finalmente contacto con ella. Al aproximarse a la casa, ella se dio cuenta de que el voluntario se acercaba y permaneció en actitud indiferente. Era una mujer alta, muy atractiva, de cabellos largos, ensortijados y sueltos. Cuando Carlo pronunció las primeras dos palabras para saludarla, la mujer se dio la vuelta y se alejó con rapidez hasta llegar a su casa y cerrar la puerta.

Definitivamente, se trataba de una mujer bella y enigmática al mismo tiempo. Parecía ocultar algún misterio en aquella pequeña casa de madera y caña en la que vivía. ¿Pero qué tipo de misterio podía esconder allí en ese lugar apartado frente al mar?, fue la pregunta que Carlo se



hizo al quedarse detenido mirando el bohío, luego de su intento fallido de acercamiento. Tal vez debía esperar una nueva oportunidad para tener más suerte y lograr por fin su objetivo.

Y así fue. Ocurrió unos días más tarde, cuando se acercó otra vez a la casita para intentar observar algo por una pequeña ventana lateral. Luego de aproximarse con mucho sigilo, pudo escuchar un canto en voz baja; era una especie de arrullo que entonaba la mujer, lo cual aumentó aún más su curiosidad.

Al mirar con cuidado por el borde de la ventana para no ser descubierto, vio que ella estaba sentada de espaldas a él, y que había un hermoso niño negro descansando al borde de una cama. Sus ojos eran grandes y vivaces y miraban fijamente a la mujer que dejaba salir de su voz una extraña melodía. Nadie le había dicho al italiano que allí también vivía un niño.

Enseguida, Carlo se retiró de la ventana por temor a ser visto. Por un instante, cerró sus ojos y escuchó a lo lejos el rumor de las olas del mar, mezclado con el arrullo que la mujer seguía cantando. Antes de alejarse con cuidado del lugar pensó que tal vez, más adelante, ya se le presentaría una oportunidad para lograr una amistad con ella y el niño.

Transcurrieron varios días y Carlo tuvo que regresar a la comunidad para reunirse con don Alfonsito, y le tocó pasar otra vez por la casa distante. Vio que la puerta estaba abierta y se acercó decidido y sin pensar demasiado. Al parecer, la mujer no se encontraba allí y solo estaba el niño, sentado a un costado de la cama. Le dijo unas cuantas palabras



para comunicarse con él pero no tuvo ninguna respuesta. El niño negro solo lo miraba con sus grandes ojos, en silencio y sin moverse.

Al poco rato, escuchó que la mujer venía y se sintió como un intruso luego de haber entrado en su casa sin ser invitado. Ella se detuvo en seco en el umbral de la puerta al sorprender al joven italiano en el lugar que no debía. Llevaba en sus manos unos caracoles y otras cosas que había recogido en la playa.

—¿Por qué está aquí? ¿Por qué ha entrado en mi casa? —le reclamó con firmeza.

Carlo no supo qué decirle y solo pidió disculpas por su intromisión. La mujer le dijo que no debió haberlo hecho y que la comunidad seguramente iba a castigarlo por eso, puesto que nadie podía ver al niño que vivía en la casa con ella. El italiano, un poco confundido y sin entender el sentido de lo que le decía, quiso averiguar la razón por la cual estaba prohibido ver al infante.

La mujer, con un rostro muy serio, le quedó mirando fijamente y luego le pidió a Carlo que se sentara en la silla que estaba junto a una mesa destartalada.

—Mire, quiero que me escuche con atención lo que voy a decirle. Este niño es el elegido para lograr un beneficio para la comunidad; de él depende ahora la suerte que correrá el pueblo en adelante. Mientras él viva, la comunidad no tendrá agua; el agua nunca logrará bajar desde las montañas para terminar con la sequía que tenemos desde hace tanto



tiempo. Él es el encargado de mediar entre el poder divino y el destino de nuestra comunidad. La tradición dice que cada cierto tiempo un niño debe morir para que todos podamos continuar viviendo. Solo su muerte podrá salvarnos de la sequía. Si el niño muere el agua llegará y todos podremos vivir. Y no se trata de que este niño se enferme, sufra o sienta dolor. No, eso no va a ocurrir. Solo debe irse apagando poco a poco hasta morir; esa es una decisión del cielo. Será la única manera de que el agua empiece otra vez a bajar de las montañas para que el pueblo recupere la vida. Yo soy la encargada de acompañarlo hasta que este niño muera; ese es mi compromiso con la comunidad –le explicó ella, mirando frontalmente al italiano.

Luego de escucharla con atención, Carlo pasó a darle la explicación científica y técnica que antes había compartido en las reuniones de la comunidad. Le dijo que eso solo era un asunto que debían resolver con un buen trabajo de construcción del sistema de dotación de agua para el pueblo, insistiéndole en que no se necesitaba ningún tipo de sacrificio y que lo más importante era salvar al niño. Para ello, lo primero que el voluntario debía hacer era comunicarse directamente con el chico, con la idea de ganar su confianza.

–Como usted debe haberse dado cuenta, este niño ya no habla; dejó de hablar poco a poco y pronto perderá también el movimiento. Mire, ya casi no siente los brazos y las piernas; están ya secándose –dijo la mujer, como una señal de prueba de lo que estaba ocurriendo.

Carlo replicó que le dejara ayudar al niño, pero manteniéndolo todo en secreto, de manera que la comunidad no se enterara de su intervención.



Luego de este acuerdo, empezó a visitarlo con regularidad y a escondidas, para intentar cambiar la situación de deterioro que ya sufría el infante.

Una mañana llegó a la casa para verlo. Pidió que le retirara la sábana que cubría su cuerpo para observar cómo se encontraban sus piernas. Estaban inmóviles y muy delgadas. El niño levantó la vista para mirarlo con sus grandes ojos y le sonrió, aunque no podía moverse y tampoco hablar. Carlo pensó que debía haber alguna manera de ayudarlo, pues era evidente que una enfermedad lo había atacado y estaba paralizándolo.

En uno de esos momentos el niño movió sus ojos mirando de manera insistente la mesita que ocupaba una esquina de la habitación. Parecía que con sus ojos quería decirle algo al joven italiano. Carlo se acercó a las mesa y vio unos cuatro o cinco pequeños papeles que contenían unos dibujos. La mujer le dijo que el niño los había dibujado cuando meses atrás todavía podía moverse.

El voluntario miró con detenimiento las figuras y descubrió que se trataban de unos barcos de vela dibujados sobre unas líneas que representaban las pequeñas olas del mar movidas apenas por el viento.

—Esos son sus dibujos. La única manera de hacerlo sonreír es hacer que los mire; esa es ahora su forma de comunicarse con la vida. Cada vez que me pide con sus ojos, yo se los acerco para que los vea —dijo la mujer, mientras los grandes ojos del niño estaban concentrados en mirar los diseños de barquitos que el italiano sostenía en sus manos.



Ella le explicó que el niño se había obsesionado mirando los barcos que descansaban en su cementerio, donde, de vez en cuando, en esa playa alejada, los restos más livianos se bamboleaban con el movimiento de las olas. Aquél había sido uno de sus lugares predilectos de entretenimiento cuando aún tenía movilidad; pero ahora solo lo recordaba y soñaba.

En pocas semanas, la comunidad sufrió una fuerte división en su interior, pues los desacuerdos sobre el proyecto del agua los había radicalizado; muchos estaban convencidos de que se trataba simplemente de una farsa.

Carlo se sintió defraudado y prefirió dejar el lugar de alojamiento que tenía en el pueblo, pues las cosas estaban poniéndose feas. Decidió construir un pequeño bohío cercano al lugar donde vivían el niño y la mujer, a pesar de que Don Alfonsito y otros miembros de la comunidad le habían dicho que no era un sitio apropiado para vivir. De todas maneras, el joven voluntario italiano tomó la decisión de alejarse, porque se sentía acosado por las críticas que la mayor parte de los comuneros hacía al proyecto.

Cuando estuvo ya en su nuevo lugar, Carlo logró tener un contacto permanente con el niño y la mujer. Ahora estaba convencido de que el pequeño necesitaba visitar el cementerio de barcos, cuya atmósfera fantástica y misteriosa, lo haría sentirse mejor, mientras esperaba el desenlace de su vida.

Un día, al atardecer, el voluntario decidió que el niño realizara su sueño frente al mar. Lo levantó en brazos para llevárselo de paseo al cementerio de barcos. Caminó atravesando varias lomas hasta llegar al lugar que obsesionaba al pequeño.



Entre tantos barcos viejos encallados, unos más grandes y otros más chicos, había uno que parecía estar en mejor estado. Era uno que conservaba todavía retazos de velas, algo de la cubierta de su cabina y tenía todavía un timón. La luz rojiza del sol se encontraba en su máximo brillo, cuando ingresaron en la destartada cabina.

En el momento en que ambos imaginaban estar navegando dentro del barquito, frente a todo ese espectáculo de la puesta del sol, el niño pronunció una palabra: “mar”.

Carlo sintió de repente un escalofrío al escuchar que el pequeño había logrado articular esa palabra de manera espontánea. Esa era una señal de que podría tal vez recuperar la capacidad de hablar y quién sabe si de lograr también curarse de su estado de parálisis.

A la mañana siguiente, el voluntario fue a la ciudad y se quedó un par de días investigando acerca de la extraña dolencia que agobiaba al niño. Se dirigió a algunos médicos para describirles los síntomas y las manifestaciones que presentaba para saber si lograban identificar la enfermedad. Los médicos sospecharon que se trataba de un tipo de parálisis que podía superarse en algún momento. Sin embargo, por la información que les dio Carlo, en relación a la creencia que flotaba en la comunidad alrededor de la vida del niño y las razones de la sequía, sospecharon que el infante posiblemente estaba sometido a algún ritual en el que se le daba de beber infusiones de hierbas que provocaban poco a poco la atrofia muscular, la pérdida de movilidad y finalmente la muerte. Con seguridad, era eso lo que estaba ocurriendo, pues, según la tradición que conservaba la comunidad, debía realizarse



el sacrificio de un niño para que terminara la sequía y retornara el agua a la población.

A su retorno, el joven italiano explicó a la mujer todo lo que dijeron los médicos para lograr la salvación del pequeño. Ella, un poco esquiva para evitar hablar sobre ese delicado tema, le dijo:

–Usted sabe que eso es imposible. Si este niño no se sacrifica por todos para que el agua nos traiga la vida, tendremos a todos en contra nuestra y la comunidad nos hará la guerra. Será imposible salvarnos, moriremos los tres. Solo hay una solución: que usted en verdad traiga el agua a esta región. Pero nadie cree que eso sea posible; le tienen a usted como un hombre blanco que les está engañando y haciéndoles perder el tiempo nada más.

–Crea en mi palabra: voy a traer el agua a la comunidad. Salvaremos al niño y nos salvaremos todos. Esta es mi promesa, pero usted debe también prometerme que va a ayudar al niño a vivir. ¿De acuerdo? Debemos hacer un pacto entre los dos –argumentó el voluntario, esperando la respuesta positiva de la mujer.

Pasaron los días y el niño comenzó a recuperarse. Los días que hubo luna llena, Carlo lo llevó también a pasear en sus brazos por el cementerio de los barcos. De una palabra pasaba a otra, y luego ya articulaba varias frases. Decía: mar, aire, luna, arena, viento, y cada vez aumentaba su vocabulario.

El italiano no podía creer lo que estaba sucediendo. El infante estaba hablando y recuperaba también paulatinamente su movilidad. Carlo le



daba cada día masajes en sus brazos y piernas para que los músculos recobraran su fuerza y tono.

Hasta tanto, en la comunidad ya se iban aglutinando las fuerzas contrarias al trabajo del voluntario italiano. Para entonces, un joven negro, alto y fornido, llamado Antonio, lideraba el grupo opositor al proyecto. En una de las reuniones que tuvieron afirmó haber visto al italiano visitar el cementerio de barcos, llevando al niño en sus brazos.

Todos sabían que el agua era cada vez más escasa. En la pequeña vertiente que quedaba, perdida entre las pocas matas de hierba que rodeaban la peña, los comuneros formaban una fila para recoger el agua y regresar a sus casas acarreando apenas un medio calabazo. Para ellos, toda esa situación explicaba que la relación que el italiano había establecido con el niño estaba alterando la magia de la comunidad. Él se convertía en el impedimento para que el agua volviera. Se trataba de una contra magia, de la magia del blanco que ahora atentaba contra la vida de todo un pueblo. Debían acercarse a la casa donde estaba el niño para alejar la mala influencia que Carlo Agostini ejercía sobre la mujer encargada de llevar a cabo el sacrificio; era lo único que les permitiría tener nuevamente abundantes fuentes de agua.

A la mañana siguiente, una docena de hombres comandados por Antonio, se dirigió hacia la vivienda de la mujer encargada del niño. El grupo tenía recelo de acercarse demasiado, porque se recomendaba más bien mantener una cierta distancia con quien era responsable de llevar adelante el sacrificio. Sabían que el italiano se hallaba también dentro de la casa y empezaron a llamarle a gritos pidiendo que saliera.



Cuando Carlo apareció en la puerta, el joven líder del grupo lo amenazó con potente voz. Señalándolo con su dedo, le transmitió el ultimátum de una semana que le daba toda la comunidad, para que terminara, de una vez por todas, el tan ofrecido proyecto del agua que nunca llegaba. Si no cumplía con ese pedido final, los tres iban a morir. Ese fue el claro mensaje que recibió el voluntario italiano. Luego de ello, todo el iracundo grupo se dio la vuelta y regresó al pueblo con los ánimos caldeados.

Desde ese momento, Carlo Agostini se dio cuenta de que no era solo un reclamo o una advertencia; ahora estaba convencido de que se trataba de una amenaza que con seguridad iban a cumplir. No podía perder más tiempo, pues solo le quedaban siete días para concluir todo. Debía hablar cuanto antes con don Alfonsito y todos los hombres que estaban trabajando en el sistema de agua.

Cuando se reunió a solas con el viejo dirigente, le explicó la situación extrema por la que estaba pasando; todos los inconformes y opuestos al proyecto habían decidido actuar para terminar con todo.

Desde el punto de vista técnico, les quedaba finalizar la instalación de la tubería que estaba ya muy avanzada, sellar bien las conexiones y poner en marcha la bomba de succión del agua para descargarla en el sistema de tuberías. Con los pocos trabajadores que quedaban, organizaron las tareas de manera intensa, a fin de concluir en el plazo que la comunidad exigía. Trabajaron día y noche casi sin descanso, bajo la guía de Don Alfonsito, quien comandaba al pequeño equipo humano junto con el voluntario. Carlo tenía que alternar su trabajo entre el proyecto y continuar atendiendo al niño.



En la penúltima noche, de manera inesperada llegó la mujer al pequeño campamento para buscar al italiano.

—¡Carlo, el niño está mal, tiene que venir a verlo! —le dijo con voz de gran preocupación.

El italiano recomendó a don Alfonsito que continuara trabajando con el equipo, mientras él fuera a ver al infante. Al llegar a la casa, vio que estaba francamente desmejorado. Se lo veía muy débil; tenía su cabecita inclinada sobre la almohada. Con los ojos semicerrados y una voz desfalleciente, pidió a Carlo que lo llevara al mar.

El italiano lo tomó en sus brazos y lo envolvió en la sábana para resguardarlo del frío de la brisa. Caminó junto a la mujer bajando los barrancos y ascendiendo por las lomas hasta llegar al cementerio de los barcos. En el mismo barquito, al que acostumbraban visitar, lo sentó frente al viejo timón y los tres fijaron su vista en el cielo estrellado.

Carlo comenzó a inventarse una historia de las estrellas intentando darle ánimos al pequeño. Logró hacerle sonreír un poco y el niño señaló con su manita la estrella que más brillaba.

Aunque se lo veía un poco mejor que cuando lo encontró en la casa, el voluntario sabía que el niño estaba muriendo.

—Debo llevarlo ahora a una atención médica urgente en la ciudad. Es la única forma de salvarlo, no va a resistir más —dijo a la mujer.



—No puede hacer eso ahora. Está ya casi amaneciendo y hoy es el último día para que el agua finalmente llegue. Si eso no ocurre hoy, todos moriremos. No tenemos ninguna esperanza —respondió ella.

Hasta tanto, en la comunidad un grupo bastante grande de personas iba por el camino en búsqueda del italiano que los había engañado. En una hora más iba a amanecer. Llevaban antorchas, palos y garrotes para dirigirse al bohío que normalmente ocupaba Carlo. Como no lo encontraron, tomaron más allá el camino que conducía a la casa de la mujer y el niño. Era la silueta de una gran hilera de personas que desfilaba por la cresta de la loma, alumbrada por la luz de las antorchas. Al llegar a la casa, lanzaron piedras y gritos, pero tampoco encontraron a alguien allí.

—¡Deben estar en el cementerio de barcos! ¡Vamos allá! —gritó el líder del grupo. Todos agitaron sus antorchas y palos y respondieron afirmativamente con otro grito en coro.

Desde la playa, al otro lado de la loma, Carlo, la mujer y el niño emprendieron el camino de retorno para que el voluntario pudiera llevarlo al médico de la ciudad. El viento empezó a soplar con fuerza y a agitar la sábana que cubría al pequeño.

No era fácil el recorrido que debían hacer, puesto que tenían que pasar necesariamente por el camino principal de la comunidad, y ello implicaba encontrarse frente a frente con la gente enfurecida que venía en sentido contrario.





Bajaron el barranco y se detuvieron en la orilla del estero seco. Allí escucharon los gritos y vieron descender por el otro lado las luces de todas las antorchas que ya venían a su encuentro. Carlo y la mujer se quedaron helados. No tenían escapatoria.

Antonio, el joven que lideraba la persecución, logró verlos al frente y detuvo el descenso de todos. Estaban en la orilla opuesta del barranco, separados apenas por unos cuarenta metros de distancia de los perseguidos.

Cuando ya iba clareando el día con un tono violeta, se escuchó de repente un ruido muy fuerte que descendía por el barranco, como si algo grande se desmoronara desde lo alto. Los gritos cedieron y el silencio se impuso.

Del camino de arbustos secos que seguían el curso del antiguo estero, rompió el silencio el torrente de agua que bajaba de las montañas. Nadie creía lo que estaba ocurriendo. Todos se quedaron inmóviles mirando pasar entre ellos al gran riachuelo que había sido descargado por la tubería desde las alturas.

Carlo terminó de bajar a la orilla y atravesó la corriente de agua, mojándose los pies mientras caminaba. Se detuvo ante el grupo para mirar a todos bajo la luz del amanecer.

—¡Ahí está su agua! —exclamó en voz alta, antes de cruzar por un costado con el niño en brazos.





IV. El pozo y el agua

El pozo y el agua

Era un pueblo relativamente tranquilo del interior de la provincia de Esmeraldas, donde la mayor parte de la gente se dedicaba todos los días a cultivar sus tierras, y en las calles los niños correteaban y jugaban alegres en las mañanas. A veces, el cielo estaba nublado pero casi siempre terminaba por abrirse unas horas más tarde.

El agua para el riego de los cultivos no faltaba en la comunidad, pero no era apropiada para beber, pues contenía un exceso de minerales que, a la larga, no resultaban tan buenos para la salud humana. Para el consumo diario de la pequeña población, las familias recogían el agua de un pozo profundo situado en la mitad del pueblo.

Desde hacía muchos años, el pozo estaba protegido por una especie de guardián que acostumbraba cuidar el agua, cuando por las noches el pozo no se encontraba en uso. Toda la comunidad había visto siempre a don Adalberto —un hombre anciano, flaco, de pelo blanco y que carecía de varios dientes—, como el personaje del pueblo que cuidaba el pozo, y que diariamente proveía de agua a todas las familias. Se había convertido en el símbolo que representaba la protección del agua.

Por la buena ubicación y los recursos con los que contaban las tierras de las familias de la comunidad, empezaron a aparecer personas externas



interesadas en adquirirlas, para lo cual hacían a los propietarios propuestas económicas muy atractivas. En otros casos, a través de la influencia de ciertos políticos, se buscaba manipular legalmente los asuntos de la propiedad de la tierra, para que las familias se vieran presionadas a vender sus fincas. Fue así como, en poco tiempo, la comunidad se vio despojada de su territorio.



Era notorio que la población negra de toda esa zona había disminuido, pues la mayor parte de los pobladores estaba formada por mestizos provenientes de otras provincias del país. Al finalizar ese año, ya casi todos se habían ido y el pueblo se había transformado en un lugar donde todos eran extraños, pero ya tenían el control de la autoridad. Entre las con-



tadas personas que todavía quedaban de la antigua comunidad, estaba don Adalberto, el guardián del pozo.

Aunque muchos no estuvieron de acuerdo con que el anciano se mantuviera cuidando el agua del pozo que consumían, algunos dijeron que lo dejaran, que era un hombre inofensivo y que podía quedarse como un recuerdo de los viejos pobladores negros de la zona.

Pero poco tiempo duró allí el viejo Adalberto, a pesar de las recomendaciones que hiciera una de las últimas mujeres negras el día en que abandonó la comunidad: “Déjenlo cuidando el pozo. Si lo sacan de allí, les va a faltar el agua”.

Cuando llegó el día en que le dijeron que ya no hacía más falta su presencia junto al pozo, don Adalberto trató de explicarles que él no solo cuidaba el pozo, sino que echaba el agua para mantenerlo lleno; que si él se iba, el pozo se secaría.

—No tiene ningún sentido lo que usted dice. El agua sale de las fuentes subterráneas y nadie necesita hacer el trabajo de traerla de ningún lado —le dijo uno de los que pidieron que se fuera ya del pueblo y que dejara en paz al pozo.

Transcurridas algunas semanas de la salida del anciano, el agua del pozo comenzó a secarse. La gente se dio cuenta de que sin ella era imposible sobrevivir. El pozo se había transformado en un hueco de tierra seca, profundo y pedregoso. Lo único que les quedaba a los pobladores era buscar otro lugar para emigrar con todas sus familias. Poco tiempo pasó



para que el pueblo empezara a verse desierto. Ya todos los pobladores mestizos se habían ido en búsqueda de otro lugar para vivir, porque el agua era la clave de todo.

La gente negra de la antigua comunidad se enteró de lo sucedido, e inició el retorno a sus tierras para recuperarlas. Lo primero que tenían que hacer era buscar al viejo e invitarlo a regresar al pueblo. Lo fueron a buscar lejos y lo encontraron refugiado en una cueva solitaria.

—Queremos que regreses, guardián del pozo. El agua se ha secado y es hora de que retournes con nosotros —le dijeron cuando el anciano apareció todo empolvado en la boca de la caverna.

Una vez que don Adalberto regresó al pueblo, lo primero que hizo fue acercarse al pozo, acariciar sus bordes y limpiarlos. Luego empezó a decirle algunas cosas que la gente no comprendía su significado. Parecían palabras de algún idioma antiguo que rebotaban en un gran eco desde el fondo de la profunda oquedad.

A partir de la primera noche, el anciano empezó sus viajes llevando en sus manos dos calabazos para dirigirse hacia algún lugar desconocido. Se lo vio, en el transcurso de toda esa jornada nocturna hasta el amanecer, ir y venir echando el agua en el pozo y continuar su actividad por el mismo camino y sin detenerse. Al otro día, el pozo estaba nuevamente lleno, como en épocas pasadas.

Nadie podía comprender lo que estaba sucediendo con el agua del pozo. La gente estaba sorprendida y necesitaba explicaciones del anciano. To-



das las noches hacía el mismo trabajo para llenar ese estanque mientras la comunidad dormía.

—Yo solo voy hacia la roca para llenar los dos calabazos y regreso al pozo para que este pueblo tenga su agua, nada más.

Esa era la simple explicación que daba don Adalberto. ¿Pero quién era este anciano que con la mayor sencillez daba una respuesta a la pregunta que le hacían?

Un joven se le acercó y preguntó:

—Abuelo, pero danos una explicación de cómo puedes hacer lo que tú haces. ¿Cuántos viajes haces cada noche para lograr llenar el pozo?

—Hago miles de viajes cada noche. Todas las noches viajo yo, mi espíritu y los espíritus de todos nuestros ancestros que somos dueños de este pueblo.

El joven puso a imaginarse que una gigantesca fila de hombres y mujeres negras, venida del pasado, caminaba sobre las colinas acompañando al viejo, como una inmensa serpiente que se abría paso entre la vegetación y los barrancos circundantes.

—¿Pero a dónde vas para traer tanta agua, abuelo?

—A la tierra de nuestros ancestros, a los que tú estás ahora imaginando
—le contestó el anciano, mirándolo con sus ojos llenos de sabiduría.



Índice

3 Prólogo

11 El apañador

25 La mitad

39 El voluntario

59 El pozo y el agua

